

Masculinidad, razas y roles sexuales en Cuba

Lucas Garve

Fundación por la Libertad de Expresión

La Habana, Cuba

La masculinidad en Cuba es construcción social. A finales del siglo XVIII, portavoces de la clase dominante diseñaron el prototipo del hombre cubano: «varón blanco, nacido de buena cuna, dominador de mujeres y esclavos y sin el menor asomo de feminidad». Sin embargo, el impacto social del encuentro de culturas y etnias dentro de la sociedad esclavista antillana no puede soslayar el carácter multirracial de la sociedad, muy particularmente en las concepciones de la raza, caracterizadas por la violencia innata de las relaciones sociales entre amos blancos y esclavos negros.

En este rejuego y reacomodo de las culturas y etnias que conformaron al hombre cubano actual, los negros salieron más perjudicados. Primero por el imaginario que los estigmatizó y sirvió para forjar un estereotipo de sus formas de ser, que vale tanto como apostar que el negro cubano no es producto de la tradición de sus ascendientes africanos, sino de la idea racista que los clavó con un alfiler en el espacio limitado por el cientificismo del siglo XIX, a la medida del objetivo esclavista.

Si examinamos la iconografía pictórica del siglo XIX, la representación del hombre negro no es sólo pintoresca, sino grotesca y siniestra, cargada de lujuria. Sus prácticas culturales se utilizan como sinónimo de barbarie. Testimonio de ello es la



serie de retratos que dejó Víctor Patricio Landaluze: el negro borracho, pendenciero, ladrón...

En la República, el justo rechazo a esta imagen estereotipada condujo a muchos líderes de la comunidad negra y mestiza a privilegiar las costumbres «civilizadas» de los hombres blancos para ganar reconocimiento social y alejarse del estigma social. En consecuencia, la proyección del hombre negro de hoy continúa reproduciendo, en muchos casos, una imagen que en esencia no es la suya

propia. Son parches de identidad, a manera de etiquetas, que subyacen en el discurso popular y sobreviven a los cambios socioculturales y económicos.

Generalmente, los estereotipos positivos califican al hombre negro como buen bailador, bueno en el sexo, buen deportista y buen músico. El negro cubano no se identifica con sentimientos paternales ni con patrones de fidelidad a la pareja o estabilidad laboral. Estas son ideas concebidas sin ningún fundamento por la mera tradición.

Uno de los aspectos más negativos de la condición de masculinidad del negro es la trasgresión social: en la medida que el negro es capaz de violentar los límites, su masculinidad se incrementa y reafirma. Así se refleja hasta en el lenguaje de forma muy natural. Tuve la oportunidad de observar el caso ejemplar de un joven negro que increpó en público a su pareja, porque ésta le echó en cara el empleo constante de expresiones vulgares.

La presencia innecesaria en el diálogo de palabras que identifican los genitales da la medida de masculinidad en crisis y, además, de la imposibilidad de escapar de los estereotipos tradicionales sobre relaciones de violencia, propios de la sociedad esclavista decimonónica, que perduran en la sociedad cuba-

na actual. Perplejidad y asombro despiertan que un joven con sobrada preparación escolar afirme que la naturaleza del negro era decir malas palabras, es decir: que el discurso vulgar es su medio de expresión más propio.

El concepto de masculinidad del negro en Cuba ha servido para encerrarlo aun más en el gueto. En las relaciones de las diversas orientaciones sexuales, se espera que el negro aporte la fuerza y la potencia de la erección de sus genitales bien desarrollados. Para ir más allá: nadie habla de orgasmo como clímax de satisfacción. La idea es que es el hombre negro quien debe provocar con su poderoso instrumento fálico el orgasmo de su pareja. Lo que equivale a sostener que el negro es concebido como objeto de placer antes que *partenaire* con calidad humana. La alienación social es motivo de explosión de la violencia, contenida por el desajuste en el reconocimiento de su identidad. Aparejada con el criterio exagerado de victimización contribuye sólo a recluir al hombre negro dentro del gueto racial de su masculinidad. Y la plenitud del negro cubano se logrará cuando él se despoje de los barnices que las convenciones sociales emplearon para construir su falsa identidad. Ese día será más libre.